
Por Haraganería

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7882

Título: Por Haraganería

Autor: Javier de Viana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 6 de noviembre de 2022

Fecha de modificación: 6 de noviembre de 2022

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Por Haraganería

Era Lino el peón más estimado en la estancia del Juncal: ni fatigas ni peligros le detuvieron en ninguna circunstancia. Fuerte, guapo, noble, temerario, la lealtad le humedecía el alma al primer encuentro, como el sudor humea el lomo del caballo gordo al primer esfuerzo. Lo mismo que el ceibo, era puro corazón; corazón y flores lindas. Las gentes que desprecian las flores y las maderas inútiles, le despreciaban.

Atanasia lo quería. Es decir, Atanasia gustaba de él, de su bondad de perro, de su alegría de chingólo, de su paciencia de hornero. Le disgustaba, en cambio, su despreocupación de cigarra y su generosidad de oveja.

Estaba convenido que habrían de casarse; pero Atanasia no tenía prisa: sus diez y ocho años podían esperar aún. En la espera comenzó a reflexionar. Hizo el balance de los placeres y los sinsabores que le proporcionaría el matrimonio con Lino.

Él la quería: aceptado.

Él era bueno: conforme.

Él era trabajador: de acuerdo.

Una vez casados, no faltaría el techo y el sustento: indudable.

Empero... Atanasia era una chinita gorda, mortalmente haragana, para quien el máximo de la felicidad hubiera consistido en pasarse tres cuartos del día en la cama y el otro cuarto tendida en un sillón, tomando el mate dulce con azúcar quemada que le «acarriase» o una «gurisa». En cambio, era ella quien tenía que trabajar para otros y si se

casaba con Lino, tendría que trabajar también... lavar, planchar, cuidar la casa... Atanasia era fabulosamente haragana.

Lo era en extremo tal que en su baúl se apelillaban cuatro o cinco cortes de vestidos regalados por Lino y que ella dejaba dormir allí por no tomarse el trabajo de cortar una bata o coser una pollera.

Por haraganería era desaseada: el hermoso aspecto salvaje que le daba su triunfal cabellera mal sujeta entre cuatro horquillas, surgía de su pereza para imponerse con el peine a la rebeldía de las greñas. La cadencia lasciva de su andar debíase únicamente a su falta de energía física para imprimir a su marcha un ritmo honesto. Sí ante ciertos espectáculos camperos su rostro era incapaz de ocultar la satisfacción proporcionada, en un púdico ruborizamiento de virgen práctica, debíase, no a perversión suya, sino al horror al esfuerzo.

* * *

Ocurrió en esto la muerte de la patrona. El patrón quedó inconsolable. Llevó bombacha, saco, pañuelo y hasta cuello y puños de merino negro.

Tan inconsolable quedó, que a los dos meses buscó un derivativo a su pena festejando a Atanasia, la peona.

La china no mostró sorpresa, convencida, sin embargo, de que jamás el patrón se decidiría a colocarla en el sitio dejado vacante por la difunta. Dentro de lo perceptible por su moral rudimentaria, la consagración oficial del matrimonio carecía de importancia. Entre «casarse» o «amigarse», la única diferencia visible para ella consistía en que la segunda clase de unión no se solemnizaba con baile, asado con cuero, guisado de gallina y pasteles.

Habría, pues, aceptado sin escrúpulos los galanteos del patrón, si no hubieran estado de por medio Lino y su

compromiso, es decir, el trabajo de romper aquel compromiso.

En vano el estanciero le decía:

—Ladiatelé no más, y y'astá!...

Ella objetaba:

—Sí: ¿y pa lediarmelé?...

¡Claro! Para «ladiarselé», se requería un esfuerzo, un gran esfuerzo. No quiso; no pudo.

* * *

Dócilmente, sin entusiasmos y sin resistencias continuó sus amores con Lino y concluyó por casarse con él, cuando él lo dispuso.

Todo iba bien. Los quehaceres eran menores; su marido tuvo la atención de conseguirle una mucamita, que ordeñaba la lechera, acomodaba la casa, cebaba el mate y cocinaba. Como la ropa era nueva, la aguja tenía poca ocupación.

Todo iba bien. Lo quería a su Lino; no disputaba nunca, y ni por mientes se le ocurrió traicionarlo.

Pasaron varios meses, pasó un año, nada cambiaba; lo único nuevo y molesto, fue la recrudescencia de los galanteos del patrón. Aquello fastidiaba a Atanasia. Resistía. Y semejante resistencia implicaba una horrible labor de todos los días. Al fin, una tarde, harta, cedió.

Continuó amando a su marido con el mismo cariño reposado, sin exaltaciones, sin entusiasmos, pero continuó cediendo, sin un adarme de perversión, sin pizca de interés.

Por haraganería.

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la

Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.